PERFIL DE UN MINISTRO QUE RESPONDA A LAS EXIGENCIAS DE NUESTRA ÉPOCA*

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v53i186.564>

Autor: Cardenal Óscar Rodríguez Maradiaga. Arzobispo de Tegucigalpa (Honduras).

Para responder a ¿qué sacerdotes necesitamos para el futuro? nos da varios elementos: una *mirada al mundo*: mundialización, postmodernidad, cambios continuos; otra *al NT*, fuente del ministerio: encuentro con el Señor, comunidad, servicio; el *Magisterio*: eclesiología de comunión, renovación de PDV.

ESTUDIOS

Antes de todo doy las gracias a Mons. Daniel E. Pilarczyk, arzobispo de Cincinnati, así como al P. Gerald R. Haernmerle, presidente y rector del seminario Mount Saint Mary, por haberme invitado al 175 aniversario del *Ateneo* del estado de Ohio. Quisiera igualmente saludar a los sacerdotes, a los diáconos, a los laicos y a todos los alumnos del *Ateneo*, sin olvidar a nuestros amigos y bienhechores presentes hoy entre nosotros. Es para mí un honor participar en esta fiesta en vuestra compañía.

Doy gracias a los organizadores por darme la ocasión de expresarme sobre un tema tan importante como es el de la formación de los sacerdo-

* Texto original inglés, Traducción del francés. Conferencia pronunciada por el Cardenal Óscar Rodríguez Maradiaga en la celebración del 175 aniversario del *Ateneo* del Seminario Mount St Mary en Cincinnati (Ohio, Estados Unidos). Publicado en *La Documentation Catholique*, 2312 (04) 380-388.

tes del mañana: ¿de qué clase de sacerdotes tendremos necesidad en el futuro? Para responder a esta pregunta, a esta cuestión, es esencial que:

- Echemos una mirada a ciertos aspectos del mundo actual.
- Volvemos la vista al Nuevo Testamento, fuente de todo ministerio.
- Subrayemos algunas características teológicas del Magisterio de la Iglesia en lo que se refiere a los sacerdotes hoy.
- Pues solamente podremos diseñar el retrato de los sacerdotes de los que tenemos necesidad hoy para la Iglesia de mañana.

Aspectos del mundo actual

Vivimos en un entorno dominado por la mundialización de la economía, de la política, de la violencia y de la tecnología. Las grandes potencias son las protagonistas del mundo en el que vivimos: ellas imponen el ritmo de todos los aspectos de la vida, deciden las tendencias económicas, establecen las políticas que hay que llevar y luchan contra la violencia que ellas mismas engendran.

La situación, en la que se encuentra el mundo actual, las consecuencias del libre cambio y de la mundialización, la interacción de las fuerzas políticas y económicas, la irrupción del terrorismo en la escena internacional y las ideologías que justifican las desigualdades crecientes nos obligan a reflexionar seriamente sobre el ministerio que precisamos formar para el día de mañana.

Todos estamos de acuerdo en decir que nuestra época está llena de cambios. Me gustaría compartir con vosotros algunas reflexiones, que se apoyan en un análisis breve pero profundo de la situación mundial de las últimas décadas, que se encuentra en la Exhortación postsinodal *Pastores dabo vobis*¹. Comenzamos por decir que no es que estemos cerca de un cambio sino que la época en la que vivimos ya ha cambiado. Evoluciona en realidad tras muchos años. Es pues urgente adaptar nuestras ideologías y nuestras prácticas a las nuevas sentencias. Pero no olvidemos por eso la búsqueda de una presencia eclesial que responda a los nuevos servicios que la humanidad espera y aguarda con tanta impaciencia.

Pastores dabo vobis nos recuerda algunos «problemas o elementos negativos» que afectan al buen desarrollo del deber sacerdotal: el racio-

¹ DC 1992, n. 2050, p. 451-503.

nalismo, la subjetividad, el deterioro de los lazos familiares y de la moral sexual, sin contar la ignorancia religiosa de muchos creyentes, una visión subjetiva de la fe, una presencia cada vez más menguada y disponibilidad cada vez menor de sacerdotes. Estos elementos serán la base de mis reflexiones. Veamos pues lo prioritario de la situación actual².

Los maestros de la sospecha, Freud, Nietzsche y Marx, y sus propuestas sobre el inconsciente, el predominio del Hombre y el papel de las sociedades han revolucionado la comprensión que se tiene del individuo, de su papel en las sociedades y de las estructuras de estas últimas. Numerosos son los que, más tarde, han dependido y siguen dependiendo de sus intuiciones.

Ayuda a esto el desencanto con respecto a la racionalidad³ provocado por muchos factores que vienen de las nuevas interpretaciones de ciencias físicas y químicas, y el deterioro de los modelos absolutistas de la modernidad, unido a la capacidad del hombre de explicar las realidades cósmicas, biológicas y sociales de manera total y perentoria. No olvidemos tampoco la instauración de las teorías instauracionistas y del caos y sus consecuencias en los modelos de inducción y deducción generadores de la ley, la teoría del *Big Bang* relativos a los orígenes del universo, el restablecimiento de puntos de vista permisivos, sean o no éticos o morales, la destrucción del absoluto y la necesidad de un sistema de valores normativo. Todo esto ha dado lugar a conjeturas y a límites, a algunos tanteos, al caos como única guía, a un melting-pol y a la necesidad de nuevos modelos que impidan la destrucción de la humanidad y del planeta.

El boom de las nuevas tecnologías y de la información ha superado numerosos temores del pasado, creando así una nueva cultura. Las comunicaciones directas e inmediatas y el acceso a cierto tipo de información, impensable hace ahora algunos años, crean una generación de la urgencia y de la imagen.

En materia de ética, *Pastores dabo vobis* nos recuerda que «en este contexto, se debe notar la disgregación de la realidad familiar y el oscurecimiento o deformación del verdadero sentido de la sexualidad huma-

² Pastores dabo vobis, 7 (DC 1992, n. 2950, p. 454).

³ Las grandes historias de la modernidad –traídas por la Revolución francesa y sus propuestas de libertad, igualdad, fraternidad– que para la mayoría de gentes han fracasado, se habla con frecuencia de desencanto postmoderno, (a) terapias susceptibles de afectar a todas las dimensiones de lo humano (física, mental, espiritual) (holos: totalidad).

na» (n.7); somos igualmente conscientes de la destrucción de valores humanos fundamentales, tales como el derecho a la vida entre otros derechos del hombre. La supervivencia de la humanidad pasa por grandes objetos históricos en el campo de la investigación, de la bioética, del carácter genético, de la experimentación científica, de la exploración del espacio, de tecnologías de la información y de la economía.

Entre éstas la religión, las predicciones que se referían a la fe y la creencia en Dios en el siglo XXI anunciaban el fin de lo religioso, la explicación absoluta de la realidad a través de leyes inmutables y universales, llevaba consigo la desaparición de toda referencia a lo trascendente. Somos además testigos de esto en el mundo desarrollado mientras que en lo que llamamos el Tercer Mundo, hay un renacimiento de espiritualidad. Que se trate de movimientos inspirados en tradiciones orientales, en la magia africana o en religiones indígenas, las nuevas terapias que se definen como holísticas han integrado experiencias religiosas o místicas, inhabituales en las tendencias racionalistas o empíricas, desde la mitad del siglo XX hasta nuestros días.

Observemos los estadios llenos de fieles gritando aleluya, con las manos levantadas hacia el cielo, las curaciones instantáneas, los trances para encontrarse con el espíritu provocados por algunas oraciones o encantamientos, las plazas abarrotadas por la presencia del Santo Padre, por pastores reconocidos o especialistas en milagros, los cantos y los aplausos atronadores destinados a mensajes de artistas convertidos en una u otra especie de religión. Sin olvidar algunos jóvenes del Tercer Mundo, cabeza rapada, danzando al ritmo de músicas orientales en las plazas públicas y algunos centros comerciales, las echadoras de buena ventura, los magos, los mediums y otras Madames Soleil, los astrólogos y aquellos para los que la comunicación con extraterrestres es un hecho.

Algunas damas distinguidas o personalidades políticas célebres que se confiesan supersticiosas han recurrido a algunos ritos para alcanzar buena suerte. Otros intentan ejercer influencia en el curso amoroso de su vida. Además, las manifestaciones religiosas de nuevo cuño son innumerables, las que *Pastores dabo vobis* llama «el fenómeno del subjetivismo de la fe»⁴, vacía de religiosidad en el lado opuesto a los cálculos de racionalidad y de materia inerte. Todo esto ha tenido evidentemente repercusión

⁴ Ibidem.

sobre la manera de ser de los ministros y sobre los procesos de evangelización que la Iglesia del nuevo milenio debe actualizar.

Estos nuevos discursos religiosos están quizás más próximos a una religiosidad individual y librepensadora, ecléctica y sincrética, apartándose de las religiones institucionales e históricas, de normas morales y de la aceptación incondicional de verdades. La banalización de la religión o el sincretismo de las religiones tales como el *New Age* sirven a la vez para comprender lo incomprensible y esperar lo inesperado.

Por lo que respecta a la situación ministerial y eclesial, podemos señalar dos tendencias: las vocaciones están en alza en los países del Tercer Mundo y son poco numerosas en los países llamados «desarrollados». Algunas regiones no tienen suficientes sacerdotes, un solo pastor debe ocuparse de dos o tres parroquias a la vez. Contribuye a esto la edad alta de los sacerdotes, de los que se sirven numerosos obispos como los de Alemania, Bélgica y Canadá, entre otros, en los que las parroquias tradicionales no están servidas por sacerdotes sino cada vez con más frecuencia por laicos.

Se constata cierto malestar entre los sacerdotes, a la búsqueda de seguridad. Y ésta la encuentran en una vuelta al conservadurismo, en un rechazo a plantearse problemas, renovarse, confrontarse a los fenómenos sociales, políticos y económicos que exigen nuevas formas de inserción en la sociedad y en las comunidades a las que sirven.

De la misma manera, los ministros ordenados son hoy día considerados hombres de actividad y conocimientos limitados, que saben un poco de todo y conocen un poco todas las cosas sin ser, sin embargo, especialistas en un tema en particular. Así se marginan. No encuentran un refugio cristiano al que dirigirse en los momentos de soledad y se sitúan de espaldas a la vida política donde se juega el destino de aquellos a quienes sirven.

A la vista de lo que hemos dicho hasta este momento, se han hecho muchas propuestas:

– El neoliberalismo, en tanto que comprensión de la economía, de la sociedad y de la humanidad, se presenta como la única teoría a la que nada puede sustituir. Con el reino del neoliberalismo la historia ha llegado a su fin⁵.

⁵ Recordemos que en su obra *El fin de la historia y el último hombre*, Francis Fukuyama afirma que la historia ha llegado a su fin con el capitalismo, lo que es el caso de hoy día.

– Mundialización. Las comunicaciones por satélite han transformado el mundo en una verdadera aldea planetaria. Ocurre lo mismo con la economía que traspasa las fronteras nacionales para crear un mercado mundial. La cuestión es la de saber si esta aldea no está al servicio de algunos privilegiados que la hacen caminar en su propio interés.

– Pensamiento postmoderno. El proyecto de la modernidad intentaba explicar la realidad por medio de la razón. Siendo esto imposible, la modernidad entró en crisis. Se sigue una atomización de la comprensión de la realidad y la proliferación de los sincretismos más insólitos. Nunca hubiera podido prever la modernidad un fenómeno de esta envergadura.

– Vivir día a día. El pasado ya está tras nosotros y el futuro no ha llegado aún. Disfrutar del momento presente supone el rechazo a pensar en el futuro de la humanidad, a menos que él tenga algún interés en sacar algo inmediatamente. ¿por qué luchar por una utopía de la que no nos podemos aprovechar, incluso que nunca vendrá a tomar carta de naturaleza en la realidad? A propósito de esto, *Pastores dabó vobis* pone en evidencia la sociedad de consumo que convierte a los hombres de hoy «víctimas y prisioneros de una interpretación individualista, materialista y hedonista de la existencia humana»⁶

Las propuestas holísticas subrayan que la realidad de la persona humana, de la sociedad y de la naturaleza, es bastante más compleja que los pequeños detalles de la especialización. Las explicaciones holísticas están, pues, aisladas del boom de los estudios interdisciplinarios.

– El imperio de la información se impone cada vez más. Los hombres sienten profundamente que las máquinas que han concebido los reemplazan poco a poco. La inteligencia humana parece ser superada por la inteligencia artificial que ella misma ha creado.

La virtualidad engendra experiencias en las que la presencia del hombre no es indispensable, salvo por los estímulos condicionados de las fibras nerviosas. Lo que ha sido creado se convierte en señor del creador hasta hacerlo su víctima.

– El poder de la información. Los que poseen el dominio sobre las telecomunicaciones están hoy día en condiciones de imponer a la sociedad ideologías así como formas de actuar y de ser. Por esta razón los poderes

⁶ Pastores dabó vobis, 8.

económicos buscan dominar los mass media. Poseer los medios de comunicación lleva a dominar la sociedad.

– La tendencia cada vez más marcada hacia la sensación, el misticismo y la promiscuidad encuentra su fuente en el deseo de tocar a los otros, de sentirse amado, de llorar sin parar, de reír, de danzar, de sentir, de tocar, de sentir y gozar la sexualidad. El objetivo es llegar a las sensaciones, al misticismo y a aspectos dionisiacos de la vida. El erotismo y sus componentes psíquicos y corporales se presentan como una dimensión que no puede ser ni anulada, ni alejada, y menos aún olvidada o rechazada por las consecuencias que tiene sobre el individuo y la sociedad.

Frente a todo esto, ¿qué podemos ofrecer? Es lo que queremos describir estudiando la herencia que nos ha dejado el Nuevo Testamento sobre el ministerio y que el magisterio de la Iglesia ha intentado con denuedo introducir en nuestro mundo actual.

El ministerio en el Nuevo Testamento

¿Qué imagen da el Nuevo Testamento del ministerio?

El Nuevo Testamento no nos presenta escrituras sacerdotales definidas sino una estructura ministerial. Los diversos carismas de una misma comunidad aportan, en su nombre, el ejercicio de muchos ministerios. Lo importante no es la composición de los diferentes servicios sino los servicios en sí. Miremos los elementos principales revelados por la tradición del Nuevo Testamento.

– El primero y más importante de los elementos es el encuentro con el Señor (Mc 3, 14)⁷, ya que lo más importante es «estar con Jesús». Él es la fuente, el que nos dice qué hemos de hacer y cómo. El testimonio de san Juan nos muestra que para pasar la prueba de misericordia, es necesario tener una relación íntima con Jesús. Esta intimidad se nos presenta con dos imágenes: la viña y los sarmientos (Jn 15) y el buen pastor (Jn 10)⁸. Esta unión especial con Cristo debe llevarnos a descubrir quien es él, a fin de vivir como él y servir como lo hace él. Nuestra relación con él no debe

⁷ *Pastores dabo vobis* insiste claramente en este aspecto. El título mismo del capítulo 5 es prueba de esto: «Instituyó Doce para que fueran sus compañeros».

⁸ Los párrafos 13 a 15 de *Pastores dabo vobis* contienen una explicación teológica fundamental de la relación entre el ministro y Cristo, Cabeza y Pastor.

pues ser exclusiva. Debe servirnos para comprender quién es y cómo es para continuar su obra de misericordia. Para Marcos está claro que Cristo instituye Doce «para que sean sus compañeros» y que aprenden de él (Mc 3, 14) antes de ser enviados en misión (Mc 6, 7-13)

– El Nuevo Testamento insiste sobre la vida en comunidad que subraya nuestra condición de discípulos. El simple hecho de que los discípulos estén todos al mismo nivel prueba que la comunidad de Jesús es una comunidad de hermanos. Es Lucas el que pone el acento en la dimensión fraterna de los miembros de la comunidad (Act 11, 1; 12, 17; 15, 23; 21, 17). Esta fraternidad es igualmente puesta en evidencia en los resúmenes de los Hechos de los Apóstoles (2, 42-47; 4, 7-32; 5, 12-16).

– El Nuevo Testamento refleja claramente lo que significa ser ministro al servicio del Pueblo de Dios. Ante todo, está el Pueblo de Dios, después sus ministros que están al servicio de ese pueblo. En primer lugar está el Pueblo de Dios y solo después el Vaticano II afirma que estas personas tienen necesidad de ministros. Es lo que hace Jesús eligiendo a los Doce entre sus discípulos (Mc 3, 3-19; Act 10, 41)⁹.

– La iglesia ha captado muy pronto la necesidad de formar bien a sus ministros (obispos, sacerdotes, diáconos). Es lo que señala el Nuevo Testamento en particular en los Hechos de los Apóstoles y en las Cartas de san Pablo. Los ministros son indispensables porque nadie se predica la buena noticia a sí mismo. Sin embargo, no olvidamos que nosotros, cristianos, recibimos el don de la evangelización por el bautismo.

– Se puede leer con claridad en las cartas de san Pablo que los miembros de la comunidad gozan de una igualdad esencial y una diversidad funcional que debe encontrarse en la Iglesia. Esta última es una comunidad antes que una institución jerárquica. Subrayamos además que según los principios elementales, la jerarquía está al servicio de la comunidad y no a la inversa. Somos en primer lugar discípulos del Señor (todos los que creen en él) y después Apóstoles (esto vale para los obispos y los sacerdotes). Sin embargo somos llamados a recibir y a vivir el celo apostólico y a ser misericordiosos, conforme a la imagen del corazón de Jesús.

⁹ Para un estudio profundo de los que rodean a Cristo, ver vol 3 de *A Marginal Jew: A New Vision of the Historical Jesús*. El autor John Meier, describe allí el tipo de relación existente entre Jesús y las turbas, los discípulos en general y los Doce en particular.

– La Iglesia apostólica muestra que toda autoridad en el seno de la Iglesia debe estar sometida al amor. El Evangelio nos señala que el único poder que debe reinar en la comunidad es el del amor, recibido del Espíritu Santo, un amor que acoge la miseria de los más pequeños, un amor misericordioso.

Las propuestas del Magisterio

¿Cuáles son las propuestas del Magisterio estos últimos años?

Vaticano II –después *Pastores dabo vobis*– adelanta ciertos elementos esenciales antes de estar presente el contexto ministerial actual. Me gustaría detenerme en cuatro:

– La Cristología. Jesús está en el centro de la vida de todo cristiano. Él es, por eso, la razón de vivir de todos los ministros de la Iglesia. Ellos representan a Cristo en tanto que llevan a cabo su misión. El ministro no es otra cosa que un discípulo del Señor. El ministro lo es porque Jesús lo asocia a su misión. Nosotros somos ministros porque Jesús nos ha elegido para que lo hagamos visible en medio de los hombres y mujeres¹⁰.

– La Eclesiología. La reflexión sobre el ministerio no puede realizarse sin una reflexión sobre la Eclesiología. El Espíritu transmite los ministerios al seno de la comunidad eclesial para permitir su construcción. El ministerio es un don gratuito del Padre por el Espíritu con la meta de seguir a Jesús y de construir la comunidad. Los ministerios ayudan a la misión de la Iglesia, a edificar el Reino de Dios en el seno de la humanidad. La Iglesia es, pues, el lugar en el que se dispensa la comunión de toda realidad ministerial, en la que todos los carismas armonizados por el Espíritu Santo se encuentran a fin de llegar a la unidad del cuerpo de Cristo.

Vaticano II¹¹ nos ha mostrado la Eclesiología que ha de estar en la base de nuestra comprensión ministerial. La Iglesia es el Pueblo de Dios. El Concilio habla, pues, de una comunión de hombres y de mujeres enviadas hacia un mismo Padre. Reconocen a Jesús como su único Maestro y adoptan como primer mandamiento el llevar una vida de amor. «Es en el misterio de la Iglesia como misterio de comunión trinitaria en tensión misio-

¹⁰ Pastores dabo vobis, 14.

¹¹ Lumen gentium, cap. 2.

nera, donde se manifiesta toda identidad cristiana, y por tanto también la identidad específica del sacerdote y de su ministerio»¹².

El ministro ordenado es un servidor en el seno de la comunidad eclesial. Es un miembro del cuerpo de Cristo, aunque participe de responsabilidades especiales, como son la construcción y la gestión de la vida cotidiana de la comunidad. Es, con todos los bautizados, discípulo del Señor, profeta, sacerdote y guía. Por tanto, el ministro ordenado, llamado en nombre del Señor a darse completamente a los otros, ejerce estas tres funciones de manera especial en el seno de la comunidad.

Aunque los ministros formen parte de la vida de la Iglesia y sirvan para su construcción, sirven igualmente de lazo con la sociedad en la medida en la que la Iglesia forma parte de ésta. He aquí por qué una reflexión sobre el ministerio no puede hacerse sin tener en cuenta las ciencias humanas y sociales. Los ministerios están aquí para implicar al hombre en la vida de la Iglesia, para hacer de él un agente social. De la misma manera que el sociólogo o el antropólogo, el ministro debe concentrarse en los grupos humanos. El ministro de hoy debe, pues, tomar los recursos y medios que las ciencias ponen a su disposición. Podrá así discernir los signos de los tiempos y adaptar su trabajo de evangelización.

– La Pneumatología. *Pastores dabó vobis* nos recuerda que «el Nuevo Testamento es unánime al subrayar que es el mismo Espíritu de Cristo el que introduce en el ministerio a estos hombres, elegidos de entre sus hermanos»¹³. La llamada al ministerio, es pues, de alguna manera un don del Espíritu Santo. Nadie llega al ministerio por méritos propios. Se trata de un don puramente gratuito de Dios Padre en el Espíritu para seguir la misión del Hijo. El Espíritu confiere a la Iglesia la diversidad de ministerios para que de esa diversidad de servicios surja la unidad.

– El sacramento. El carácter sacramental de los ministerios está fundamentado en la consagración del bautismo. Todo ministerio es una manera concreta de vivir el bautismo. Los sacerdotes viven su bautismo de manera más radical, se ofrecen totalmente al servicio del Pueblo de Dios. No son en ningún caso diferentes de los demás bautizados y no buscan ni honor, ni poder, ni prestigio.

¹² *Pastores dabó vobis*, 12.

¹³ *Pastores dabó vobis*, 15.

Su misión o su fidelidad a la tradición apostólica no son muy diferentes a las de los demás creyentes. Al contrario, se entregan completamente a la construcción de la comunidad. En este aspecto, *Pastores dabo vobis* nos aclara: «Ésta es la manera particular con la que los ministerios ordenados participan del sacerdocio de Cristo. Por la unción del sacramento del Orden, el Espíritu Santo les configura, con un título nuevo y específico, a Jesucristo Cabeza y Pastor¹⁴».

Intento de un perfil ministerial

Según hemos podido constatar, las cosas han cambiado y seguirán cambiando. Esta constatación, así como la necesidad de desarrollar nuevos medios de servir a una joven generación cautivada por muchos de los fenómenos existentes en nuestros días, nos obligan a encontrar con toda urgencia respuestas creativas. Sobre la base de lo que hemos dicho hasta este momento, quiero intentar diseñar el perfil del ministerio de hoy para la Iglesia del mañana. La búsqueda del ministro perfecto no debe ser considerada como verdad absoluta o modelo que todos y cada uno se deben aplicar. No se trata de un ensayo, la búsqueda del ministro apropiado a las necesidades de hoy.

1. El ministro de la Iglesia del mañana deberá darse totalmente y fundamentar su sacerdocio en el Evangelio. Que no hay separación entre la evangelización y el trabajo por el bien de la humanidad, ni entre la espiritualidad y la práctica pastoral¹⁵. La formación al sacerdocio deberá ser completa y abarca la salud física y mental, la espiritualidad, el estudio teórico, dimensiones pastorales y comunitarias. El ministro deberá ejercer igualmente las funciones propias de todos los bautizados en general y de los ministros ordenados en particular: santificar (sacerdote), gobernar totalmente y de manera desinteresada (rey), proclamar la palabra y, a la luz de ésta, tener el espíritu crítico de cara a la situación en la que viven las personas (profetas). «Integrar» significa igualmente que el ministro deberá integrar el carácter socio-antropológico en el componente teológico.

2. No deberá temer una vuelta a las fuentes, a los orígenes, a la Iglesia que Jesús quería. No deberá temer comprender su ministerio como una

¹⁴ Conf. Ibid.

¹⁵ La IV Asamblea general de los obispos de América latina en santo Domingo (oct. 1992) ha insistido en este punto.

llamada y no como un privilegio, como un servicio y no como una posición dominante. Se trata, pues, de liberarse de todos los adornos brotados a lo largo de los siglos (algunos por necesidad, otros no) y de volver al sentido primigenio. El objetivo es resaltar lo esencial, aquello que es propio del sacerdocio y de abandonar todo aquello que se creía indispensable y que no era sino secundario.

3. El ministro debe ser un hombre de su tiempo, en contacto y en los sucesos de las realidades de su entorno, teniendo la capacidad de comprender y de integrar las evoluciones del mundo de hoy. Como dice *Pastores dabo vobis*, debe saber ver la contradictoriedad de ciertas situaciones, «hacer una lectura interpretativa de la realidad» que sepa «distinguir entre el bien del mal, entre signos de esperanza y peligros»¹⁶.

4. La sociedad moderna exige del ministro que sea capaz de leer los signos de los tiempos y que su sólida formación le permita responder a los problemas provocados por su comunidad. Debe integrar la obediencia total a Cristo y la construcción de comunidades pasando del estadio de *koinonia* social al de *koinonia* teológica. El perfil del ministro de mañana debe, pues, fundamentarse en dos pilares: su capacidad de comprender la situación en la que evoluciona y una espiritualidad profunda que, construida sobre la obediencia a Cristo, sigue la obra liberadora y salvífica del Señor.

5. En estos tiempos en los que los plazos son cada vez más cortos, la fidelidad no es la regla y aparece como un desafío al ministro, ordenado o laico, que debe perseverar en su indefectible confianza en el Señor.

6. Reconozcamos que debemos cambiar. Debemos pasar de un ministro dignatario a un ministro servidor en la pequeñez de una comunidad eclesial. Superar el modelo clerical supone vivir de acuerdo con el hecho de ser un discípulo de Jesús y de realizar la identidad de la Iglesia en tanto que comunión de servidores. El hombre del siglo XXI tiene necesidad de testimonios fuertes, claros y convincentes frente a la relativización que le conduce al aburrimiento y a una existencia vacía de todo sentimiento. En consecuencia, es necesario pasar de un ministro funcional, únicamente dedicado al campo religioso, a un ministerio portador de vocación, don libre del Espíritu, de un ministro sacramental a un ministro constructor de comunidades cristianas. Es necesario pasar de un hombre racional e infle-

¹⁶ Pastores dabo vobis, 10.

xible, incapaz de aceptar la ambigüedad y el error, a un hombre consciente de la fragilidad del ser humano, atento a ver la vida de Dios en todas las contradicciones de la historia. Es esencial que este nuevo ministro sepa diferenciar entre el hecho de ser en la confrontación y el de ser profeta; que sepa aceptar la diversidad de la comunión ministerial en la Iglesia, ver las contradicciones de toda clase en la comunidad en lugar de querer fijar la situación eclesial. Tendrá igualmente en su corazón siempre el mejorar las relaciones entre las diferentes iglesias aunque esto parezca difícil, casi imposible. Su papel es estar abierto a todos los creyentes sinceros y a todos los que buscan a Dios de una u otra manera.

7. Este ministerio no debe hacer separación entre presbíteros y laicos. Cada uno completa al otro y unidos construyen el Pueblo de Dios. Ser ministro no puede reducirse al sacramento del orden porque existen más ministerios que los ejercidos por personas ordenadas. Buscar limitar la función ministerial a los ministros ordenados provoca situarlo en situación de superioridad ontológica en relación al resto de los creyentes que, por el bautismo, son igualmente discípulos del Señor.

8. La espiritualidad del ministro debe fundamentarse en la misericordia que emana de una conversión permanente, una espiritualidad única y cercana, creíble y atrayente para los creyentes. Esta espiritualidad debe claramente hacer referencia a los Evangelios como punto de partida y fijar como punto de llegada el sostenimiento y la promoción de las mujeres y los hombres de la comunidad. Esta espiritualidad debe igualmente estar teñida de esperanza. En un mundo de muerte y opresión, el ministro debe llevar la esperanza cristiana del reino de Dios frente a las situaciones inhumanas que causan tanto dolor en nuestro mundo. Esta espiritualidad evita todo tipo de aislamiento y lleva al ministerio a estar atento a los signos de su tiempo y a cumplir la voluntad de Dios. El Reino de Dios nos impulsa a seguir al Señor en el tiempo y se nos revela en la palabra de Dios.

9. Por otra parte, considero que la matriz teológica que sostiene este perfil de ministro es una teología de la Santa Trinidad. En efecto, la comunidad eclesial, y el ministro en tanto que parte integrante de esta comunidad, deben estar en la imagen de la Trinidad. Esta última es el modelo de toda comunidad en el sentido de que es la comunión de personas diferentes, la unidad perfecta en la diversidad. Toda la teología ministerial debe fundarse en la Trinidad. Y todo como el Padre envía al Hijo, el Hijo envía a sus discípulos a través del Espíritu Santo a fin de que ellos continúen la

acción salvífica del Padre. Pero no olvidemos que este Dios trinitario se revela en el Nuevo Testamento en la persona de Jesucristo, que nos invita siempre a seguirle y que exige de todos una teología y una actitud de encarnación. *Pastores dabó vobis* hace una síntesis de la dimensión trinitaria del ministerio: «la identidad sacerdotal, como toda identidad cristiana, tiene su fuente en la Santísima Trinidad que se revela y se autocomunica a los hombres en Cristo, constituyendo en Él y por medio del Espíritu, la Iglesia como el germen y el principio del Reino»¹⁷.

10. A fin de responder a todo lo que acabamos de enumerar, la formación ministerial debe conformarse a algunos criterios.

- se trata de una formación integral que debe formar al ser humano, después al cristiano y por último al ministro. El modelo de formación debe, pues, concentrarse en bases antropológicas y psicológicas sólidas a fin de aportar los fundamentos para una respuesta radical a los discípulos de Cristo.

- Debe poner el acento en la creación y la promoción de comunidades como espacio apropiado para el desarrollo de las personas. Los procesos de formación deben, por tanto, vincularse a aquello que una persona de Iglesia sabe siempre trabajar en el seno de la comunidad y actuar en orden a su construcción.

- Esta formación debe predicar la apertura a la pluralidad de ministerios. O sea, debe conducir al candidato a valorar el trabajo de los laicos, hombres y mujeres, en la formación de la comunidad de la Iglesia.

- Deben ser puestos en primer término algunos modelos de formación en los que exista un equilibrio entre lo que los jóvenes van descubriendo y lo que la formación les va a ofrecer. Debería buscarse el equilibrio entre autonomía, responsabilidad y experiencia comunitaria, un modelo de formación en el diálogo entre el mundo y el Evangelio.

11. El ministro debe entender bien su papel, comprometido en la realidad de este mundo y dotado de las siguientes características:

- su compromiso debe comenzar por la lectura de los signos de los tiempos y situarlo en una práctica pastoral creativa, abierta e ilusionada. El ministro de mañana deberá comprometerse en los nuevos caminos de la evangelización y subrayar modelos alternativos que respondan a la situación en la que vive, provocando un deseo ardiente de transformación

¹⁷ Ibidem, 12.

social. Esto supone sin duda la utilización adecuada de los medios de comunicación social, de estrategias de trabajo pastoral en los barrios desfavorecidos, etc.

– debe comprometerse a construir el ser humano antes de construir el cristiano. La formación en la fe por la palabra no es posible más que si el lenguaje utilizado está adaptado y compromete totalmente al ministro. Se trata después, de elegir tratar en el campo social y teológico, de optar por un compromiso profético que construye las comunidades. Por esto, es necesario que los ministros de hoy, enfrentados a la modernización, luchen por la mundialización de la solidaridad. Los grandes poderes buscan mundializar todos los aspectos de la vida, somos llamados a mundializar nuestra propuesta de amor cristiano y de solidaridad.

– La búsqueda de sentimientos y de experiencias espirituales invita a los nuevos ministros a crear formas de expresión espiritual que, alimentadas por la gran tradición espiritual católica, acoja la contribución de otras expresiones espirituales que vienen, por ejemplo, de los pueblos indígenas de América, de África o de Oriente. Además y de cara a la abundancia de ideas religiosas, algunas de las cuales son deshumanizantes, nosotros los cristianos, y especialmente los ministros, debemos ser más auténticos y coherentes en nuestra obediencia a Dios. La coherencia y la transparencia de nuestra vida ministerial será el hogar que iluminará a los que vagan de un lado a otro a la busca de una respuesta a la situación en la que cada uno de ellos se encuentra.

– Las nuevas teologías hacen necesaria una presencia ministerial de eficacia. El mundo de los medios, de la comunicación social, del Internet, exige la presencia de ministros creadores de una contribución sugestiva y acogedora dirigiéndose a las jóvenes generaciones apasionadas por todos los medios de comunicación.

– Del mismo modo, nuestra situación exige la presencia de ministros cuya posición ética esté de acuerdo con los valores del Evangelio. Los ministros de hoy deben saber asociar la proclamación de la palabra a la construcción de seres humanos auténticos. Frente a las violaciones repetidas de los derechos fundamentales de las mujeres y los hombres de nuestra sociedad, os pido insistentemente que adoptéis una posición ética que redescubra la condición del ser humano en tanto que imagen de Dios.

Respecto al celibato

Permitidme, por último, acabar mi intervención con unas palabras sobre un objeto que provoca tanto malestar: el celibato. Una de las dificultades del ministerio ordenado reside en la obligación de abrazar el celibato. En nuestras sociedades sobre-expuestas a la sexualidad y al erotismo, llevar una vida afectiva y sexual auténtica es un verdadero desafío que supone desarrollar aspectos muy concretos de la personalidad. Estos aspectos concretos provocan cuestiones que, a su vez, necesitan respuestas concretas.

Para un buen número de personas, el celibato es sinónimo de inestabilidad. La vida celibataria exige que la persona tenga una fuerte personalidad, sea capaz de controlarse y tenga una constitución psicológica sólida. La inestabilidad se localiza cuando una persona se encuentra frente a situaciones para las que no ha sido formado ni preparado, cuando no posee la capacidad psicológica y evangélica de responder a tales llamadas sin dejarse corromper.

Como todo pensamiento evangélico. El celibato debe comprenderse no desde un punto de vista funcional sino existencial. Los pensamientos evangélicos son realidades que necesitan ser integradas en nuestra vida ministerial. Son un componente existencial en la elección que cada uno hace, en la manera en la que el ministerio y el celibato son aceptados. Finalmente debemos integrar el celibato de tal manera que contribuya a la realización de cada uno. Debemos aceptar la vida con todo lo que ella presupone.

Asumir nuestra vocación con responsabilidad significa que nosotros no actuamos movidos por opciones según nuestras inclinaciones, que no nos creemos todopoderosos y que nada nos puede ocurrir. Es establecer relaciones adultas y maduras con las mujeres y hombres, sin utilizarlos. No se trata de moral sino de estar en armonía con nosotros mismos.

Antes de llegar aquí, preguntémonos lo que nuestros sistemas de formación proponen en materia de orientación hacia el celibato. Debemos establecer una formación en la libertad: los formadores no deben ser guardianes de la sexualidad o no deben presentar esta última como un límite a reprimir. Se trata simplemente de formar ministros responsables de la elección que hacen, prestos a darse enteramente al proyecto de Cristo.

El celibato es un don de Dios, una elección libre y generosa al servicio del Reino de los cielos.

Hoy día, abolir el celibato no es la solución. Si hiciésemos esto, no podríamos garantizar el fin de las dificultades causadas por el celibato. Debemos pues formar mujeres y hombres maduros y libres, capaces de establecer relaciones sin atarse y sin intereses egoístas.

Se trata de considerar el celibato como un don total de sí en la construcción del Reino. El respeto al celibato no es, pues, solamente competencia del Espíritu Santo. Ciertamente, él nos puede ayudar, pero nos toca a nosotros actuar en este sentido. Debemos pues reunir todas las condiciones para vivir este celibato y respetarlo. Seguramente, nadie está al resguardo de una espantada o de una tentación pero podemos evitar exponernos al peligro. Cada elección de vida debe tener sus límites, y debemos conocer los nuestros.

Vuelvo a daros las gracias por vuestra invitación y espero que el Athenaeum de Ohio emprenderá esta nueva etapa de su vida en la alegría y la esperanza.